



III

Frente á frente

DESPUÉS de amarrar la lancha á la orilla Ventura echó á andar delante de nosotros. Al poco rato entramos en el pueblecillo; todo estaba tranquilo. A la entrada de las cabañas, á cuya mayor parte protegían con su sombra elevadas palmeras, veíanse tendidos negligentemente en sus hamacas algunos habitantes que saludaban desde lejos al piloto como á un conocido antiguo. Después de contestar brevemente á las preguntas que le dirigían acerca de los últimos sucesos de la costa, Ventura se apresuró á preguntar en donde estaba Campos. Al mismo tiempo explicó el motivo de que le acompañase Carlos. Esta noticia fué acogida cual una fortuna inesperada por aquel grupo ocioso y batallador. Pero en interés mismo de la *función* que esperaban, el asunto debía tratarse discretamente, y todos rivalizaron en discreción.

Pusímonos en marcha hacia la cabaña de Campos sin meter ningún ruido, y, como se esperaba, le hallamos tendido en su hamaca.

No pude menos de admirar la fuerza de voluntad con que aquel hombre logró ocultar su turbación á la vista del piloto, á quien creía seguramente sepultado en las aguas del río. Se levantó tranquilamente, nos miró con curiosidad desdeñosa y solo pareció causarle alguna emoción la presencia de Carlos.

—¿Quién le envía á V. en mi busca? le preguntó.

—La tía Josefa, respondió Carlos; ella es la que me ha hecho venir de Manantial aquí.

—Al buen entendedor con pocas palabras bastan, prosiguió Campos. Estoy á las órdenes de V.

Arregláronse las condiciones del duelo con una calma y una dignidad que yo no esperaba igualmente de los dos adversarios. Ni el piloto ni Carlos hicieron la menor alusión á los incidentes de la noche. Tratabase de un duelo á muerte, y en este momento solamente toda recriminación era inútil.

Campos se alejó para ir á buscar sus padrinos y nosotros nos dirigimos al sitio convenido. Yo iba triste acompañando á Carlos.

—Suceda lo que quiera me dijo en voz baja, ora sucumba; ora quede con vida, no tendrá V. que llevar ningún mensaje: *ella* no debe oír hablar más de mí.

Después de andar cosa de un cuarto de hora en una dirección opuesta al cauce del río, llegamos á la orilla de un sitio pantanoso. Por un lado había una fila de árboles y por el otro se elevaban grandes montones de arena fina y movediza que probablemente algún día llegarían á cegar la laguna próxima. Aquí aguardamos la llegada de Campos y de sus padrinos. Carlos se paseaba arriba y abajo, con febil impaciencia, pues el jarocho no pertenecía al número de esos amantes románticos prontos á dejarse arrancar la vida para librarse de un amargo desengaño. Pertenecía á una raza terrible, cuyas alegrías, lo mismo que los sufrimientos, se han de excitar ó suavizar por medio de la sangre.

Un ruido de voces y de pasos nos anunció la llegada de los que aguardábamos. Los preparativos del combate fueron cortos. Medido el terreno y dividido el espacio, los adversarios se colocaron frente á frente. Dióse la señal y con el corazón oprimido oí el choque de los machetes. Volví la cabeza por unos momentos, pero un grito de rabia me obligó á tornar la vista á los combatientes. Ví correr á un hombre hacia la cúspide de una de las dunas, blandiendo un pedazo de machete, mientras de su costado salía un chorro de sangre que dejaba su huella roja en la arena. Era Campos. Su fuga había sido tan rápida que su adversario permanecía aún inmóvil en su sitio.

Uno de los padrinos se acercó para prestar á Campos un arma, en substitución de la que se rompiera en sus manos; pero llegó tarde. Rendido por el esfuerzo que acababa de hacer, se bamboleó, y cayó casi en el mismo instante. Por un momento quiso sostenerse en la pendiente, pero el terreno movedizo cedió bajo sus pies y el desgraciado, después de instantes de horrible lucha, fué á sepultarse en el pantano, envuelto en una especie de alud de arena.

No quedaba más que hacer sinó proteger la fuga de Carlos; abandonamos á toda prisa el teatro de la lucha y tuvimos tiempo de llegar á donde estaba la lancha, antes que el alcalde pudiese mandar un alguacil en persecución nuestra.

Ayudada por la rapidez de la corriente la barquilla se deslizaba cómo una saeta por entre las rocas y los bosques y las colinas parecían huir detrás de nosotros. A las dos horas habíamos llegado á la desembocadura del río y tomamos tierra bajo los cauces que daban sombra á la casa del piloto. Su compañía nos era ya inútil, y por consiguiente nos despedimos de él. Antes de dejarnos marchar trató de decidir á Carlos á quedarse en su compañía, diciéndole:

—Buscaba un hombre valiente y resuelto para aso-

ciarlo á mí, y en V. lo he encontrado. La ribera del mar es preferible á los bosques y el viento Norte sopla tres meses al año para enriquecer á los que habitamos en ella. Quédese V. conmigo, y pronto será rico.

Una postración completa había sucedido al febril ardor del jarocho, y se limitó á mover melancólicamente la cabeza, en señal de negativa. Entonces Ventura continuó:

— Toda mi vida sentiré no tener por compañero á quien maneja el machete tan perfectamente como el remo. Pero serénese V., amigo Carlos, que no quiero pagar á V. con un gran disgusto el favor que me ha hecho librándome de un enemigo como Campos.

— ¿Que quiere V. decir?

— Que no es verdad que mi amigo Julian pueda acariciar esperanzas respecto á Sacramento; ni piensa ni ha pensado en establecerse en Manantial.

— ¿Y como es que V. ha mentado?

— Por escitarle más á V. al combate, porque temí que hubiesen decaído las fuerzas y el ánimo de usted con la fatigosa noche que acabábamos de pasar. Perdónese V., pues, el disgusto y háganme el obsequio de tomar siquiera un refresco en una casa que es tan suya.

Y reanimado Carlos perdonó la superchería del piloto y aceptamos el refrigerio que nos ofrecía.

Después acompañé á Carlos á la cabaña donde dejara su caballo. Durante nuestra ausencia unos leñadores habían encontrado el mío en un bosque poco distante del pueblo.

Llegó el momento doloroso de nuestra separación, muy doloroso, porque en tan breve espacio de tiempo aquel hombre había conquistado mi afecto de un modo imborrable! Yo no hubiera querido más á un hermano, y él me correspondía por su parte.

Nos dimos un estrecho abrazo, me convidó á su

boda, y al decirle que me despedía para Francia, me dijo:

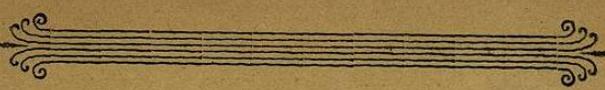
— Pero que no sea para siempre; ¿no volveremos á vernos?

— Eso en V. consistirá, venturoso amante: para pasar la luna de miel llévese V. á Sacramento á París, ya que á mí me es imposible permanecer hasta la boda en esta tierra.

— ¡Ah! no sabría dejar mi cabaña y mis bosques.

Y, repitiendo el abrazo, partió el jarocho contento en busca de aquella taturaleza tan adecuada á su carácter, mientras yo me disponía á volver al seno de la Patria.

FIN



INDICE

	Págs.
PERICO EL ZARAGATA.	
I. La <i>Famaica</i> y el <i>Monte Parnaso</i>	5
II. La Alameda.—El paseo de Bucaseli.	17
III. El velorio	27
EL LICENCIADO D. TADEO CRISTÓBAL.	
I. Conocimiento imprevisto	39
II. El héroe	47
III. El drama del paseo de Bucaseli.	57
IV. Justicia á la fuerza	65
REMIGIO VÁZQUEZ.	
I. El misterioso. — En marcha	71
II. La bella mejicana y el joven de la bandurria	75
III. El rapto	85
IV. Quid pro quo peligroso	93
V. Lo inevitable.	101
LOS MINEROS DE RAYAS.	
I. Extraño caso.—Encuentro desagradable	107
II. Dentro de la mina	115